

14 nov 69

fots/931

METAS:

DESTINO DEL PRI

Por Daniel COSIO VILLEGAS

DESPUÉS de la restauración moral e intelectual de la autoridad oficial, parece que el siguiente problema político de importancia es el PRI, o sea un partido mayoritario, aun predominante, y de un tinte oficial más o menos subido.

ANTES QUE nada deben contestarse estas dos preguntas: ¿sería posible, políticamente hablando, acabar con el PRI? ¿Le conviene al país, y no tan sólo a los actuales políticos profesionales, contar con un partido predominante y semioficial?

Parece innecesario especular largo tiempo acerca de la primera pregunta por la consideración obvia de que en los cuarenta

y un años de edad que tiene el PRI, se ha creado una apretadísima malla de intereses que se opondrían tenaz y ruidosamente a esos funerales, aun si se hicieran con ~~estentosa~~ ^{sentida} pompa fúnebre. Esta situación, que ~~es gemela~~ ^{nació con} del Partido, se ha agudizado mucho en los doce últimos años, en que ha florecido el político profesional, o político industrial, como yo prefiero llamarlo. Prescindir del PRI provocaría una condición semejante al cese simultáneo del trabajo en la minería, la industria textil y los transportes de toda clase. No habría sino una diferencia: mientras el país lloraría afligidamente ante el primer hecho, considerándolos ~~como~~ como una catástrofe nacional, ante el segundo se echaría a la calle para celebrarlo ~~jubilosamente~~ ^{con /} ~~jubilosamente~~ ^{f.}

No sólo se opondrían los dirigentes del PRI: el máximo, los mayores, los menores y los mínimos, sino el gobierno mismo. Aquí los motivos son varios, y nada fáciles de precisar. El principal, sin embargo, es que, siguiendo el consejo del tahir profesional, el gobierno prefiere tener en mano varias cartas para hacer su juego político: una, la turbia, que maneja con la mano izquierda ^{del} ~~la maneja el~~ PRI, y la otra, la semi-limpia, que opera un gobierno augustamente desinteresado.

LA imposibilidad política ^{ya} de enterrar al PRI bastaría para indicar la necesidad de buscar otro camino que el asesinato; pero sería mentalmente más sano aproximarse a un problema tan importante considerando la existencia del PRI, no como un mal necesario, sino como un bien apetecible nacionalmente.

El PRI, o sus antepasados, que igual da, no sólo tiene en su favor el haber sido engendrado por necesidades nacionales reales. En efecto, he recordado hace ~~ya~~ tiempo que tras las trágicas experiencias de la sucesión de Carranza, de Obregón y de Calles, resuelta a sangre y fuego, el PRI nació para sustraer a las armas la solución de los conflictos políticos, y confiarla al medio civilizado del debate y la votación.

También recordé entonces que el PRI nació de una gran conveniencia nacional: antes ~~de nacer~~, apenas existían partidos locales, marcadamente personalistas, y los dos o tres ensayos de partidos nacionales habían fracasado faltos de un reconocimiento general de su necesidad. Si las principales reivindicaciones de la Revolución Mexicana eran de un carácter patente-

mente nacional, tal la refoema agraria, el sindicalismo y en general el mejoramiento de los desheredados, se imponía un esfuerzo nacional, una organización nacional y un partido político nacional.

EL PRI, pues, no sólo le dio al país una forma decente de dirigir las contiendas políticas, no sólo le permitió a la Revolución unificarse nacionalmente su acción, sino que en un momento hizo posible algo crucial en la vida de los países atrasados, y cuya falta le ha costado tanto tropiezo, por ejemplo, a países genuinamente democráticos como Chile. En Chile, aun un presidente tan excepcional como Eduardo Frei, inteligente, honesto, ~~tesonero~~, tesonero, experimentado, un verdadero patriota, no ha podido realizar reformas tan fundamentales como la agraria por una oposición parlamentaria ciega. La ceguera no nace de la mezquindad de los diputados y senadores opositores a Frei, sino de la inexistencia de un consenso general acerca de las reformas fundamentales que Chile necesita y también sobre los métodos más ~~expeditos~~ expeditos para alcanzarlas.

Es verdad que el PRI no "inventó" su principal programa de acción, sino que lo heredó de la Revolución Mexicana, y como ésta había presentado tres o cuatro reivindicaciones hondas, justas y con un indudable sentido popular, el PRI tuvo alguna vez no sólo un verdadero programa, sino uno tan generalmente admitido, que oponerse a él no sólo significaba un suicidio político, sino cargar con la marca infamante de "reaccionario", que en su momento quiso decir defensor de los intereses mezquinos de una clase o grupo, y consecuentemente enemigo de las aspiraciones nacionales.

LA NATURALEZA misma de su programa y las necesidades a que respondía, le dieron al PRI la posibilidad matemática de triunfar legítima, limpiamente en las elecciones. *En efecto,* ~~Efectivamente,~~ como el programa interesaba *de modo* ~~directamente~~ a los sectores agrario y obrero, y más tarde el burocrático, el PRI contó con el votante no sólo más numeroso, sino con el votante activo. El ~~votante~~ que no pertenece a grupos o asociaciones organizadas, es un votante veleidoso, que muchas veces deja simplemente de votar.

HASTA cierto momento el PRI desempeñó una función también importantísima: asimilar a grandes grupos sociales deseosos, en mayor o menor grado, de participar en la vida pública del país, particularmente en lo que mal bautizó el sector "popular", que es clase media. El caso típico es, por supuesto, ~~es~~ la burocracia oficial.

En fin, nada desdeñable ha sido el papel de "escuela política", en la que han hecho sus primeras armas todos aquellos que, extrañas agrupaciones preexistentes, como la campesina y la obrera, querían adoptar como oficio único, principal o secundario, el de la política.

TODAS estas funciones de innegable importancia; todos los bellos propósitos abrigados para seguirlos desempeñando y aun enalteciendo, han naufragado en buena medida o en su totalidad. Señalar el origen de las fallas principales es ya ^{marcar} ~~señalar~~ el camino de la enmienda.

METAS:

DESTINO DEL PRI

DESPUÉS de la restauración moral e intelectual de la autoridad oficial, parece que el siguiente problema político de importancia es el PRI, o sea un partido mayoritario, aun predominante, y de un tinte oficial bastante subido.

ANTES QUE nada deben contestarse estas dos preguntas: ¿sería posible, políticamente hablando, acabar con el PRI? ¿Le conviene al país, y no tan sólo a los actuales políticos profesionales, contar con un partido predominante y semioficial?

Parece innecesario especular largo tiempo acerca de la primera pregunta por la consideración obvia de que en los cuarenta y un años de edad que tiene el PRI, se ha creado una apretadísima malla de intereses que se opondrían tenaz y ruidosamente a esos funerales, aun si se hicieran con sentida pompa fúnebre. Esta situación, que nació con el Partido, se ha agudizado mucho en los doce últimos años, en que ha florecido el político profesional, o político industrial, como yo prefiero llamarlo. Prescindir del PRI provocaría una condición semejante al cese simultáneo del trabajo en la minería, la industria textil y los transportes de toda clase. No habría sino una diferencia: mientras el país lloraría afligidamente ante el primer hecho, considerándolo como una catástrofe nacional, ante el segundo se echaría a la calle para celebrarlo con júbilo.

No sólo se opondrían los dirigentes del PRI: el máximo, los

mayores, los menores y los mínimos, sino el gobierno mismo. Aquí los motivos son varios, y nada fáciles de precisar. El principal, sin embargo, es que, siguiendo el consejo del tahur profesional, el gobierno prefiere tener en mano varias cartas para hacer su juego político: una, la turbia, que maneja con la mano izquierda del PRI, y la otra, la semilimpia, que opera un gobierno augustamente desinteresado.

LA IMPOSIBILIDAD política de enterrar al PRI bastaría para indicar la necesidad de buscar otro camino que el asesinato; pero sería mentalmente más sano aproximarse a un problema tan importante considerando la existencia del PRI, no como un mal necesario, sino como un bien apetecible nacionalmente.

El PRI, o sus antepasados, que igual da, no sólo tiene en su favor el haber sido engendrado por necesidades nacionales reales. En efecto, he recordado hace tiempo que tras las trágicas experiencias de la sucesión de Carranza, Obregón y Calles, resuelta a sangre y fuego, el PRI nació para sustraer a las armas la solución de los conflictos políticos, y confiarla al medio civilizado del debate y la votación.

También recordé entonces que el PRI nació de una gran convención nacional: antes apenas existían partidos locales, marcadamente personalistas, y los dos o tres ensayos de partidos "nacionales" habían fracasado faltos de un reconocimiento general de su necesidad. Si las principales reivindicaciones de la Revolución Mexicana eran de un carácter patentemente nacional, tal la reforma agraria, el sindicalismo y en general el mejoramiento de los desheredados, se imponía un esfuerzo nacional, una organización nacional y un partido político nacional.

EL PRI, pues, no sólo le dio al país una forma decente de dirimir las contiendas políticas, no sólo le permitió a la Revolución unificar nacionalmente su acción, sino que en un momento hizo posible algo crucial en la vida de los países atrasados, y cuya falta le ha costado tanto tropiezo, por ejemplo, a países genuinamente democráticos como Chile. En Chile, aun un presidente tan excepcional como Eduardo Frei, inteligente, honesto, tesonero, experimentado, un verdadero patriota, no ha podido realizar reformas tan fundamentales como la agraria por una oposición parlamentaria ciega. La ceguera no nace de la mezquindad de los diputados y senadores opositores a Frei, sino de la inexistencia de un consenso general acerca de las reformas fundamentales que Chile necesita y también sobre los métodos más expeditos para alcanzarlas.

Es verdad que el PRI no "inventó" su principal programa de acción, sino que lo heredó de la Revolución Mexicana, y como ésta había presentado tres o cuatro reivindicaciones hondas, justas y con un indudable sentido popular, el PRI tuvo alguna vez no sólo un verdadero programa, sino uno tan generalmente admitido, que oponerse a él no sólo significaba un suicidio político, sino cargar con la marca infamante de "reaccionario", que en su momento quiso decir defensor de los intereses mezquinos de una clase o grupo, y consecuentemente enemigo de las aspiraciones nacionales.

LA NATURALEZA misma de su programa y las necesidades a que respondía, le dieron al PRI la posibilidad matemática de triunfar legítima, limpiamente en las elecciones. En efecto, como el programa interesaba de modo directo a los sectores agrario y obrero, y más tarde el burocrático, el PRI contó con el votante no sólo más numeroso, sino con el votante activo. El que no pertenece a gru-

pos o asociaciones organizadas, es un votante veleidoso, que muchas veces deja simplemente de votar.

HASTA cierto momento el PRI desempeñó una función también importantísima: asimilar a grandes grupos sociales deseosos, en mayor o menor grado, de participar en la vida pública del país, particularmente en lo que mal bautizó el sector "popular", que es clase media. El caso típico es, por supuesto, la burocracia oficial.

En fin, nada desdeñable ha sido el papel de "escuela política", en la que han hecho sus primeras armas todos aquellos que, extraños a agrupaciones preexistentes, como la campesina y la obrera, querían adoptar como oficio único, principal o secundario el de la política.

TODAS estas funciones de innegable importancia; todos los bellos propósitos abrigados para seguirlos desempeñando y aun enalteciendo, han naufragado en buena medida o en su totalidad. Señalar el origen de las fallas principales es ya marcar el camino de la enmienda.

14 noviembre 69